

EL GENERAL CALIXTO GARCÍA PRISIONERO DE LOS ESPAÑOLES INTENTA SUICIDARSE

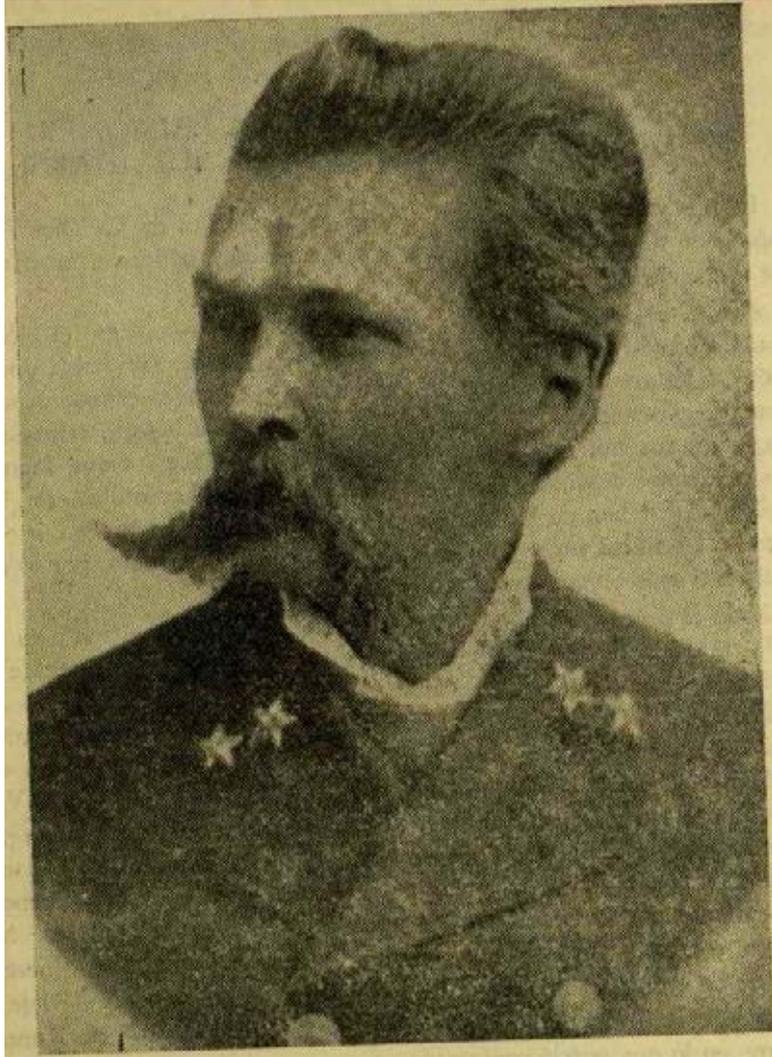
El fin del General Calixto García en la Guerra de los Diez Años, después de sus numerosos triunfos con las acciones bélicas efectuadas, se está acercando.

«En el calvario de San Lorenzo —dice Casasús— ocupó el ejército español el archivo valiosísimo del Padre de la Patria. Allí había una relación de los confidentes que, en los pueblos y ciudades ocupados por el enemigo, ayudaban a la causa cubana. Después de laboriosa investigación, pues los nombres de aquellos estaban en clave secreta, logró el mando español descubrir que un “Marqueta”, de Manzanillo, era el camagüeyano Esteban de Varona quien, en carta, se lamentaba de que en el ataque a la ciudad no se hubieran seguido sus instrucciones, por lo cual no alcanzó más objetivos el mando cubano.»¹

Todo el proceso en que el General Calixto García participa para evitar la traición a la causa cubana culmina en su prisión por parte de los españoles y su intento de suicidio. Hemos querido reproducir lo que escribió el Dr. Félix Figueredo, testigo presencial de todos estos acontecimientos y que suponemos mejor enterado que muchos historiadores que escriben en la época contemporánea. Dice así el Dr. Figueredo: «Vino Calixto a buscarme, encontrándome en “San Agustín del Cauto” para preponerme que le acompañase al territorio de la jurisdicción de Bayamo, donde le obligaba la circunstancia de ir a poner coto a las desavenencias que tenían lugar entre el jefe de aquella División, General José Ma. Barreto, con el de Brigada, que causaban mucho mal en aquellas fuerzas.

»En un principio me negué a lo de acompañarle en todo el viaje, y únicamente le prometí que lo seguiría hasta las aguas del río Contramaestre, en lo que quedó conforme; y en ese concepto, salimos para “Dos Ríos”, donde de momento quedó establecido el Cuartel General; recibiendo, al segundo día de estar en él, al Comandante Juan E. Ramírez, que

¹ Casasús, Juan J. E. Obra citada, p. 98.



Mayor General Calixto García ñisuez.

llegaba en comisión del General Barreto a entregar interesantes pliegos. Uno de los mismos contenía las proposiciones de los españoles, proponiéndonos la paz; proposiciones que, bien estudiadas, daban lugar a reflexionar, pero seriamente.

»Si mal no recuerdo, porque no tuve tiempo de tomar copia, eran las siguientes: Primera. Abolición de la esclavitud en la República de Cuba. Segunda. Reconocimiento de grados para los de nuestro ejército. Tercera. República Federal unida a España; pero si allá se daba ésta la monarquía, proclamar en Cuba la Independencia. Cuarta. Devolución de los bienes confiscados. Y quinta. Dar España una nación en garantía, y otra los cubanos.

»Leído el oficio de remisión de Barreto, las proposiciones y algunas cartas, entre las que entraba a figurar una de un tal Sr. Aznar, Comandante de Ejército y Fiscal en la causa que se formara contra el agente Varona, preso en el Castillo de Gerona, de Manzanillo, según lo explicaba la carta; Calixto me dijo que le era imposible el marchar para Bayamo sin que dejara de acompañarle; y yo que entendí que el conjunto era delicado, desde luego accedí, sin más condición que la de hacer el viaje por entre Santa Rita y el Cautillo, Charco Redondo, cercanías de Guisa, y luego por el Corojo para bordear la Sierra y no tener encuentros con el enemigo. Pero el Comandante J. Ramírez, contrarió mi proposición, expresando que era mejor hacerlo por la costa del Cauto, para luego dejarlo pasar por la sabana de Punta Gorda, el Humilladero, la Veguita, y después de pasar el camino de Manzanillo, ir hasta las alturas del Yarayabo, donde esperaba Barreto. No me bastaron reflexiones para disuadir a Calixto de que no aceptara ese itinerario, porque al fin, Ramírez acababa de hacer el viaje por esa ruta y *arguía* que el mismo estaba inmejorable. Pedí a Calixto que antes de emprender nuestra marcha debía consignar por escrito que nunca había tenido motivo para escribir a Varona que usaba el pseudónimo de “Marqueta”, para que así quedase desvirtuada la carta del mismo, bastante comprometedora, que ya dije venía junto con los pliegos de los españoles y la que aparecía haberse escrito en el Castillo de Gerona, donde se hallaba preso el firmante, por causa de los apuntes del Presidente Carlos Manuel, ocupados por el enemigo, Calixto me contestó que así lo haría; pero que lo aplazaba para cuando llegásemos al cuartel del General Barreto. A lo que sí accedió, y de momento, fue a que marchase en comisión el Coronel Ismael Céspedes, Jefe de E. M., con los pliegos para el Gobierno, donde se incluía el original

de las proposiciones de los españoles para que allá, éste y la Cámara pudieran acordar lo que creyesen conveniente.

»Salimos de Dos Ríos el 28 de agosto, con unos 60 infantes y 16 jinetes, mal montados; y el primer tropiezo lo tuvimos al repasar el río Cauto por el llamado “Paso del Oro”, donde a poco más, se nos quedan el buen amigo y compañero Juan Miguel Ferrer, el Capitán Ayudante Esteban García, y el soldado Esteban el cayeron, que, como no sabían nadar, fueron arrebatados por la fuerza de la corriente, y hubimos de emplear grandes esfuerzos, logrando sacarlos casi ahogados.

»Por fin logramos ganar la opuesta orilla después de mil trabajos y luego de caminar por la jurisdicción de Bayamo, ya que pasamos la extensa sabana de Punta Gorda, hicimos paradas en el Camino Real de la Isla, mientras los de la fuerza derribaban los postes del telégrafo que pone en comunicación a Cauto del Embarcadero con la ciudad de Bayamo, y además, se quemaban unos parapetos construidos expresamente por los españoles para guarecerse y proteger el paso de sus convoyes.

»Más adelante, un fuerte aguacero nos hizo acampar antes de llegar al blanquizar para pasar la noche y a la mañana siguiente seguimos en busca de los Jagüeyes, con todo el camino lleno de agua, los arroyos crecidos, y después de muchos trabajos llegamos al susodicho punto, donde tenía un retén de una veintena de hombres enfermos y heridos, el Coronel Emilio Noguera que no vimos porque se hallaba ausente: allí encontramos con una pierna rota al Capitán Carlos Gabino, hecho cargo del campamento, y éste nos dio informes del disgusto general que tenían los de la fuerza, por la conducta o abandono del Jefe de la División y del de la Brigada, que, á lo que se decía, no querían descender de las lomas al llano, pasando el tiempo por los puntos nombrados “Rancho Claro” y “El Macho”, sin operar contra el enemigo.

»Venciendo mayores dificultades, dejamos al amanecer los Jagüeyes, para cruzar el camino de Bayamo a Manzanillo, por el intermedio de los campamentos de “Bueycito” y el de la “Veguita”: al verificarlo, tomando las precauciones del caso, por si se tropezaba con alguna fuerza española o con la confronta; la vanguardia nuestra descubrió que estaban apostados del otro lado del camino, bajo las órdenes de un teniente de apellido Mariño, unos 15 veteranos insurrectos que acechaban el paso de un pequeño convoy; y al llegar al punto que éstos ocupaban, Calixto García, seguramente distraído, dio la orden al Comandante Jesús Rabí para que hiciese derribar los postes del telégrafo del camino y cortar los

alambres. Yo que me había detenido con la retaguardia en el paso del río de Buey, para que mi caballo bebiera a su antojo, y se le limpiaran las crines de la cola, que las llevaba llenas de lodo, cuando llegué al camino y noté que se destruía la línea, a pesar de los del acecho del paso del convoy, no pude menos que hacer conocer que había sido un error, puesto que en vez de reforzar con gente nuestra al Teniente Mariño, más bien iba a servir la otra operación para dejar advertido al enemigo de nuestra presencia en aquellos lugares; y a la par, la otra consideración, de que nos hubiera debido resultar de mayor provecho la quita del convoy para alimentarnos, que no la de dejar destruida la línea telegráfica en el corto espacio de un kilómetro.

»Los del Teniente Mariño, luego que, con disgusto, vieron la operación concluida, comprendieron la inutilidad de su permanencia en aquel sitio; al continuar nosotros nuestro camino también se marcharon ellos. ¡Maldita disposición origen de tantas desventuras!

»Llegada la puesta del sol nos quedamos junto al Hicotea, para poder pasar la noche, después que dejamos en el espacio de camino andado las huellas de nuestro paso, bien marcado por la tumba del telégrafo y por efecto de las lluvias.

»Al siguiente día muy de mañana, seguimos en marcha, hasta que paramos en La Cidra, detenidos por una negra tempestad que, para descargar, dejó desprender un rayo que cayó cerca de nosotros destrozando una palmera, lo que hizo presentir alguna desgracia, y cuya observación no me explico por qué se la hice a Calixto García desde mi hamaca. Al otro día llegó Mármol, el Jefe de la Brigada, que luego de haber pasado un par de horas con nosotros, nos indujo a que marchásemos camino de Yarayabo facilitando a Calixto antes de separarnos al Teniente Guerra como práctico de todo aquel terreno, y con el que seguimos hasta que nos hizo detener en un sitio de malísimo aspecto, llamado San Antonio, junto a las orillas del río Baja. Este punto era una estancia vieja, llena de manigua en el centro de un montecillo, rodeado por sus afueras de grandes sabanas, y distante del pueblo de Yara sobre 3 leguas. Desde que reconocimos el terreno, el descontento se hizo general y nuestros asistentes se daban a los diablos porque no hallaban espacios sin fango para levantar nuestros pabellones.

»Hice presente a Calixto los peligros e inconvenientes si nos quedábamos en un sitio tan cenagoso, donde no había medios ni de encender hogueras; pero hube de resignarme, para dar el buen ejemplo; y con mis

asistentes puse mano a construir un techo, colocándole pencas de yarey, que lo teníamos en abundancia, para poder dormir a cubierto de los aguaceros.

»Por la mañana del día siguiente me llamó Calixto, haciéndome ir a su pabellón, para preguntarme con buen humor si me encontraba bien; por lo que hube de repetirle mi protesta del día anterior; y aun le dije que estaba con deseos de marcharme de aquel pesado sitio, con solo mis asistentes en busca de otro de mejores condiciones.

»Él me contestó: “Comprendo toda la verdad de tu razonamientos; pero ya la gente ha salido para el Zarzal a buscar boniatos, y te prometo que cuando regresen nos marcharemos para Yarayabo.”

»En la misma mañana llegó un oficial de la fuerza del batallón de Oriente con la correspondencia del extranjero, que luego de repartida nos entretuvimos en leer, y cuando acabamos de comentar las diversas noticias que nos daban, emprendió Calixto conmigo la broma de que, si algún día tenía la mala suerte de caer prisionero, iba a empeñarse con los españoles para que me dejaran ir a hacerle compañía, pues de antemano calculaba las reflexiones que le haría camino del patíbulo.

»Entonces le pregunté delante de sus ayudantes y de Juan M. Ferrer, que si llegado ese triste lance se dejaría coger vivo, para luego tener que dar ese triste espectáculo. No, me contestó seguidamente; porque de los seis tiros que tiene mi revólver, cinco serán para el enemigo, y el sexto para quitarme la vida.

»Malas bromas, y en ayunas, le dije, hemos elegido para pasar el rato; y ya que agotaste el tema con esa especie de oración fúnebre déjame ir a ver si encuentro con el asistente alguna cosa con qué desayunarme, para vivir preparado; porque la verdad es que en este San Antonio del Baja, todo me huele a mortaja.

»Salí de aquel pabellón, y al sentarme en mi hamaca para almorzar, llegó el Comandante José Ignacio Quesada, al que invité para que compartiéramos lo poco que tenía en el calderito. Aceptó con franqueza de compañero y hablamos sobre su hermano Manuel, cuya presencia en Kingston acabábamos de conocer en la correspondencia de Jamaica; y como continuamos comentando las noticias, le tocó el turno a la del cambio verificado en Zambrana, pues éste le había escrito a Calixto García desde París, diciéndole con respecto al General Manuel de Quesada, “que no lo conocía bien; pero que, después de haberlo tratado con intimidad, había llegado al conocimiento de que era el único capaz de salvar a

Cuba , olvidando, agregó José Ignacio, el hermano, todo lo que hizo y dijo como Diputado allá en la Cámara cuando lo depusieron del cargo de General en Jefe. ¡Así son ciertos hombres! Y cerró la conversación.

»Se marchó de mi lado José Ignacio, y, pasado algunos minutos, los repetidos fuegos en nuestra avanzada, puesta en el rastro que dejamos al entrar en el Baja, nos advirtieron que teníamos al enemigo en nuestro seguimiento.

»En el tiempo más preciso dejé arreglado mi caballo, haciendo que el asistente Timoteo lo hiciese con la muía; y ya de un todo listo, me dirigí, con el caballo de la brida, al pabellón de Calixto, al mismo tiempo que llegaba el sargento Villarreal, encargado de la guardia que había hecho fuego, para dar el parte de que el enemigo que se había presentado era numeroso, y que después de los primeros tiros con su descubierta, aquél había hecho alto; observando, dijo Villarreal, que el Jefe, desde el caballo que montaba, hacía señales en dirección de su izquierda y derecha, como si fuesen éstas para ordenar el ataque.

»Entonces Calixto mandó a algunos números, de los pocos de su escolta, a que se incorporasen, a los que tenía el Comandante Rabí, y a éste que saliese a recibir al enemigo en el terreno que mediaba entre los ranchos del campamento y la avanzada o guardia del rastro por donde esperaba que le entrase. Dio después la orden a su ayudante, el Capitán Agustín Camejo, para que retirara del campamento, por la parte opuesta, llevándose la impedimenta; y dirigiéndose a mí me encargó que le sacase la poca gente de caballería para que esperase el resultado en la sabana inmediata.

»Calixto, le dije, advierte que si ese enemigo es numeroso, y nos entra a un mismo tiempo por el centro y los flancos y se propone envolvernos, no hay medios de contenerlos, pero ni posible defensa, porque no tenemos en el campamento ni siquiera media docena de hombres para cubrir los flancos; y creo sería lo mejor que me siguieras a la sabana, aún suponiendo mayores peligros, con tal de verte salir de este encharcado maniguazo. “Si, es muy cierto, me contestó pero no pienso pelear. Sólo espero que Rabí lo sostenga un poco el fuego para retirarnos.” “Si así me lo prometes, marcharé con tu caballería, pero me iría más tranquilo si desde ahora mismo me siguieras.” En aquel momento le presentaba su asistente Pancho las botas, que él rechazó, diciéndole: No me las ponga; guárdalas y vete tras la caballería.

»Allí le dejé en su pabellón, rodeado de los ayudantes José Ignacio Quesada, Joaquín Castellanos, José Souvanel y Esteban García; del Capitán Planas, y a su lado el Teniente Guerra, que le servía de práctico y detrás de éste los asistentes Guadalupe y Candelario.

»Pasó como una media hora, sin que se rompiese el fuego por ninguna de las partes; y como se oyera que hablaban por la izquierda del pabellón, dicen que Calixto exclamó: “Gracias a Dios que por ahí llegan los vianderos”. Y luego preguntó al práctico Guerra. ¿Podrá venir por ese lado el enemigo? Éste no le sacó de dudas; pero al ir a colocar por aquel lado un número en observación, casi fueron sorprendidos. Hay que tener presente que el campamento estaba lleno de matas de malvas peludas, y tan altas, que cubrían un hombre perfectamente. El práctico, al ver que eran los enemigos, dicen disparó su Remington y salió huyendo, dejando abandonado el cuartel general. Éste inmediatamente se encontró que iba a ser envuelto, y comprendiendo su mala situación, intentó retirarse. El fuego del flanco que por allí reventara cayó sobre tan pequeño grupo. Ya Planas andaba herido por ambas piernas, auxiliado por el Capitán Esteban García. Ya el joven Teniente Castellanos, cumpliendo como bueno, se batía hasta caer muerto, y Calixto junto con Quesada, Candelario y Guadalupe, emprendieron la retirada por el rumbo de mi pabellón que lo tenía al sur. Pero el campamento por este lado, no tenía ningún sendero; antes al contrario, presentaba estorbos de árboles tronchados de antiguo, y tan embejucados y espinosos, que hacían imposible la retirada. Calixto quiso en aquel trance salvarse con los que le seguían; así fue que, dejándose correr por una veredita que los asistentes habían hecho para sacar las maderas de los ranchos, trastornado, volvió de nuevo hacia el campamento, pero descubierto por los flancos, que, atraído, dejó escapar a los demás, parece que logró cogerlo lo mismo que al Comandante Ignacio Quesada. Para esto hubo de haber algunos tiros; de manera que el Comandante Rabí, al oír el fuego en el campamento, quiso volver en auxilio del cuartel general; pero en los mismos momentos, se le presentó por su frente todo el resto del enemigo, y entonces tuvo que batirse hasta consumir los últimos cartuchos, no quedándoles otro camino que el de hacerse a un lado y dejar que los que le batían fuesen a reunirse con los del flanco, después que limpiaron todo el campamento, quedándose con las personas del Mayor General Calixto García ñíñez, Jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente y de su Ayudante el Comandante José Ignacio de Quesada.

»Cuando esto pasaba llovía a torrentes, sucediéndose sin interrupción los relámpagos, los truenos y rayos.

»Yo me encontraba en uno de los extremos o bordes de la sabana de Orozco, rumbo al O. del campamento, favoreciendo los mal montados jinetes que mandaba el comandante Ferrer, español de naturaleza, y entre nosotros la poca impedimenta, sufriendo al descubierto el interminable aguacero que nos caía después de haber pasado la sabana con el fango y la mala yerba cortadera al pecho de los caballos.

»En aquella desesperada situación, y ya de tarde, nos llegó un aviso del Comandante Rabí para que volviésemos al campamento, lo que pusimos en práctica, y con el camino tan malo, que para caminar una legua tardamos el doble de tiempo. El regreso lo verificamos por todo el limpio de la sabana, y quedamos sorprendidos al ver que el rastro del enemigo iba en nuestra dirección, pero que luego se dirigía para la de la sabana de Yara. El rastro estaba bien marcado en tres hileras, y calculamos que aquella fuerza, toda de infantería podría constar de 400 a 600 hombres.

»Cuando llegamos al campamento, ya cerrada la noche, fuimos informados del desgraciado suceso, y en la imposibilidad de ponerle remedio, resolvimos quedarnos hasta el día siguiente, para proceder a nuevos reconocimientos, porque aún se dudaba de la triste realidad, en razón de que no había persona que diese pruebas evidentes del hecho.

»Llegó el nuevo día, y sólo se notaba la falta del General Calixto García y del Comandante Quesada, pues el otro que lo era el Teniente Joaquín Castellanos, de 21 años a lo sumo, apareció muerto, con un balazo, un machetazo y contusiones de culatazos. Después de dar al cadáver honrosa sepultura y de nuevas pesquisas por las sabanas y montes vecinos al Baja, resolvimos esperar a reunimos con los vianderos, para dejar aquella zona, convencidos de que el mal no tenía cura, puesto que a Calixto y a Quesada se los tenían que haber llevado presos. Y era evidente que así debía de haber sucedido, porque de haberlos dejados muertos, se hubieran tenido que hallar los cadáveres, como se encontró el del benemérito joven Teniente Joaquín Castellanos y León.

»Como dice el adagio que el mal nunca llega solo, no pudimos reunirnos a los de la fuerza que habían ido al Zarzal hasta el día 6. Lo primero, porque mientras se ocupaban en la rebusca y la saca de boniatos en los sembrados de aquellas estancias, fueron acometidos por los de la contraguerrilla de Jibacoa, en su mayor parte criollos movilizados, la que

nos mató un asistente e hirió a otro en el acto de la sorpresa, y la que, sin embargo, se desbandó cuando le rompieron el fuego al Capitán Blanco, o Bellito, y el Teniente Santiago Dellundé, con algunos de la fuerza protectora de los vianderos; y también porque luego de estar cargados, al regresar para el cuartel general, quedaron detenidos del otro lado del río Baja a causa de los grandes aguaceros caídos en las horas anteriores, lo que les obligó a pasar la noche del otro lado, hasta que al día siguiente les dio paso.

»Al soberano práctico Teniente Guerra, no lo volvimos a ver desde que salió huyendo, dejando abandonado el cuartel general, en medio de aquel laberinto tan áspero de mala manigua. Y fue tanto más criminal en su conducta, cuanto que, después averiguamos que el San Antonio del Baja era muy frecuentado del enemigo; con la adición de que en uno de los días anteriores se había pasado al enemigo un españolizado que estuvo poco tiempo en nuestras filas, y que vivió en el San Antonio con su familia antes de volver a presentarse a los españoles. De manera que, si el Teniente Guerra hubiera advertido todo lo que sabía, y además hubiera cumplido con el deber inherente a los que tienen ese encargo, no se hubiera colocado allí el campamento, ni tampoco se hubiera separado del General García Iñiguez; y, en último caso, llegado el crudo trance, lo hubiera sacado junto con los ayudantes por donde él encontró el camino de su salvación.

»Cuando el enemigo avanzó sobre el campamento, creo que no teníamos veinte hombres disponibles para la defensa, por la razón de que los que no estaban en el Zarzal cargándose de boniatos para racionarnos, andaban por la montaña cazando jutías y descubriendo colmenas para quitarles la miel. Luego los pocos jinetes con los caballos sin aliento de tanto mal pasar en los caminos con las lluvias y que no era prudente dejar encerradas las caballerías en aquel endemoniado manigüero, para utilizar a los jinetes como infantes.

»Consumado el hecho, yo no quise permanecer más tiempo en aquellos lugares y de consuno con el Comandante Rabí salimos costeando las Sierras para volvernos a la jurisdicción de Cuba.

»Yo sabía que el General Barreto, el Dr. B. y otros más estaban por Yarayabo, como a 3 leguas del lugar de la desgracia; pero no era posible que pudiera ver a los dos primeros para no leer en ellos la satisfacción estúpida del final del General García Iñiguez, al que, desde los acontecimientos del Bijagual, acusaban de haber sido la causa de la pérdida de sus carteras como Secretarios del anterior Gobierno.

»Ya Calixto García, en medio de tanto batallar, ha desaparecido del teatro de la guerra. ¿Qué le habrá sucedido después? No me atrevo, no quiero decirlo, ni puedo expresar el sentimiento de tanta desventura.

»¿Por qué el infortunado amigo y buen compañero no quiso oírme, cuando tanto me esforzaba para disuadirle de que no aventurásemos el viaje por el llano del territorio de Bayamo, tan cruzado de caminos frecuentados del enemigo, y de telégrafos, donde, por lo visto, se propuso marcar las huellas de su futura ruina?

»¿Por qué, después de mi fatal augurio, cuando sentimos el estampido del rayo que cayera en la Cidra, no me oyó en el San Antonio del Baja, donde tanto le rogué para que me siguiera hasta la sabana, donde era más posible la defensa?

»¿Cómo fue que el Mayor García íñiguez no pudo tener presente la enseñanza de la terrible y humeante desgracia del Mayor Ignacio Agramonte, que le hubo de suceder por haberse separado de la fuerza para quedarse casi solo en la hora del mayor peligro?

»Y el Comandante Ramírez, ¿qué podrá decirnos ahora, después de tanto aseverar en Dos Ríos, que hallaríamos el camino inmejorable? ¿Dónde fue que se separó de nosotros, que no lo tengo bien presente?

»Cuando registro en mi memoria todos los acontecimientos que precedieron y fueron enlazados el cuadro final, y me detengo en el del Cauto, allá en el Paso del Oro, hasta llego a figurarme que el torbellino de la corriente del río apagaba la vocería de nuestra gente para decir a Calixto: “¡Detente! Mira que la rápida creciente de mis aguas en este día tan sereno, es para que no pases a contrariar la voluntad del Cielo. ¡Mira que si te empeñas en seguir por este camino, entonces no te respondo de que allá, a lo lejos, en tu última jornada, puedas encontrar la peor de todas, que ha de ser, ¡ójylenlo bien! ¡la de la muerte!”

»“¡Pues que al fin pasaste, que se cumpla tu fatal destino!”»

ADICIÓN. Aunque me queda por hacer la relación de la nueva y difícil situación, tan cargada de nubarrones, por la brusca falta del Jefe Militar de este Cuerpo de Ejército de Oriente, tengo que suspender aquí pues el Prefecto me dice que espera de un momento a otro a la Comisión que viene a recoger la correspondencia para llevarla a su destino.

A ÚLTIMA HORA

En uno de los periódicos de los que ha traído la Comisión, acabo de leer el parte oficial que juega con la cogida de Calixto. ¡Cómo desfiguran los hechos!

«Dicen en el parte que contaron 36 muertos en el campo de la acción, y que se llevaron 4 prisioneros. Si han considerado que el joven Teniente Castellanos León, por su valor valía por 35 hombres, entonces tienen razón. Y si cuentan como dobles al General García íñiguez y el Comandante J. Ignacio Quesada, también la tienen. Ya contestaremos, para -que el mundo sepa la verdad.»¹⁹⁶

Lo sucedido al General Calixto García se sabe. Al caer prisionero se dio un tiro que no le provocó la muerte, pero que le marcó la frente eternamente como la mejor condecoración que podía ostentar.

Conducido prisionero a España, desde la prisión le escribe a Tomás Estrada Palma preguntándole por las cosas de Cuba: «por el Marqués, Trujillo y el Dr. Félix Figueredo, su mentor inseparable desde la alborada misma de Yara hasta el lugar trágico de San Antonio del Baja».¹⁹⁷

¹⁹⁶ Carta del Dr. Félix Figueredo a su esposa Micaela del Castillo. Revista Cubana, 1888. Tomo VII, p. 347.

¹⁹⁷ Casasús, Juan J. E. Obra citada, p. 120.